

de su salud, alejaba toda conversación que pudiera despertar en ella la terrible sospecha.

No se atrevía á temer, no se atrevía á esperar, y viendo que su hija desaparecía como los resplandores de una luz que se apaga, animaba su espíritu, diciendo en el fondo de su alma:

—¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!

CAPÍTULO XXII.

Loco, loco.

Cuando el capellán del cementerio llegó al punto del relato en que yo lo dejé al terminar el capítulo antecedente, permaneció algunos instantes como sumergido en honda reflexión; movía la cabeza lentamente, queriendo, sin duda, confirmar con sus ademanes la certidumbre de sus pensamientos, ó tal vez indicaba el asombro profundo que nos causa la claridad con que la fe ilumina á los ojos del alma las oscuridades de los misterios, y podían ser ambas cosas á un mismo tiempo, porque cruzó las manos, y bajando los ojos, exclamó de esta manera:

—¡Qué sabiamente dispone Dios todas las cosas para los altos fines de su misericordia y de su justicia!

Tan hermosas palabras desahogaron la profunda tristeza que en aquel momento embargaba su ánimo; pues dejó ver una dulce sonrisa, y levantando los ojos al cielo con expresión casi inefable, añadió:

—Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Después me miró fijamente, y dijo:

—Dichosos ellos.

En seguida reanudó el hilo de la narración, que yo, á mi vez, refiero con toda la fidelidad que me es posible, tratando de que el artificio de mi relato no desfigure el fondo verdadero de esta historia.

El comandante, entre tanto, había concebido las más risueñas esperanzas. La ausencia de Gabriel le hacía desternillar de risa, y celebraba el éxito de su tentativa para alejarlo de Rosalía, llamándole tonto en todos los tonos.

Se restregaba las manos con satisfacción íntima; y dando largos paseos por su estancia, decía hablando solo:

—No tiene mundo ninguno, y bueno es que vaya aprendiendo á vivir. ¡Demonio! (exclamaba.) ¡Dejarse quitar la novia de una mano á otra!... No se ha atrevido á disputármela.... Otro, en su lugar, me hubiera puesto en un aprieto, porque, al fin, me parece que contaba con ella.... ¡Oh! sí (añadía frunciendo el entrecejo); esa loquilla se había dejado enamorar como una tonta. ¡Ya se ve!: yo debí anticiparme: hay un momento en que la mujer es del primero que llega.

Hablando así, echaba las manos atrás, y seguía paseándose á largos pasos.

—¡Bueno! (proseguía diciendo): el rival ha desaparecido como una sombra que se disipa; si en efecto ese pobre muchacho había llegado á ser la luz de sus ojos, he ahí una luz que he apagado con un simple soplo. Debí prever esta contingencia. Gabriel no es ciertamente un seductor temible; es más bien un niño llorón, capaz de pasarse la vida suspirando; pero Rosalía es mujer, y no hay mujer que renuncie á inspirar una pasión, aunque sea en el hombre que menos le agrade. ¡Oh! la mujer es

siempre la misma, y tenemos en todo caso que ella se ha dejado querer, y eso es todo.

Una idea verdaderamente diabólica debió pasar en aquel instante por su imaginación, pues se animó su rostro con una sonrisa de todos los demonios, y dijo:

—Quizá hubiera sido mejor....

Se detuvo, reflexionó un instante, y exclamó:

—¡Casarlos!....

Hasta entonces había medido con sus pasos la longitud de la estancia, yendo y viniendo de un extremo á otro, de pared á pared; mas al prorumpir en la exclamación que dejó anotada, varió de rumbo, y comenzó á pasearse circularmente, como si sus pasos, siguiendo el movimiento interior de su pensamiento, dieran á entender que la imaginación del comandante daba vueltas alrededor de una idea, sin atreverse á admitirla ni á rechazarla.

Indudablemente fluctuaba su ánimo entre opuestos pareceres.

La idea alrededor de la que daba vueltas su imaginación debía ofrecerle muchas ventajas y muchos inconvenientes.

—¡Casarlos! (volvió á exclamar.) ¡Demonio! La idea no es mala, y me parece que el éxito habría sido seguro.... De todos los rivales que pueden disputarnos la preferencia de una mujer, el menos temible es el marido.

Por el aspecto de su semblante parecía complacido de la perspectiva que su pensamiento le ofrecía; mas se rascó la frente con impaciencia, como si sintiera en su cerebro una comezón insufrible.

—No, no (dijo): el plan es bueno, y no me opongo á que sea lo supremo del arte; pero me sería forzoso hacer un sacrificio.... ¡Bah! Tendría celos del

marido, y aunque esto no sería enteramente nuevo, no me parece muy cómodo. De todas maneras (añadió frotándose las manos), las cosas no van mal; y después, siempre queda tiempo para utilizar ese recurso.

Tales debieron ser las primeras reflexiones de este hombre pervertido, incapaz sin duda alguna de cometer ninguno de los crímenes que la ley civil condena; pero muy capaz de todas las maldades que caen fuera del alcance con que el Código castiga á los criminales.

El comandante, tal y como se nos presenta, era á los ojos del mundo un hombre *despreocupado*. Sí, algo duro de carácter; pero nadie se habría permitido dudar que era un cumplido caballero.

Es verdad que no tenía de los hombres, y más especialmente de las mujeres, la más ventajosa idea; pero precisamente á esta desconsoladora circunstancia le debía, lo mismo en Madrid que en la aldea, el crédito que gozaba de hombre de mundo.

Los hombres le disculpaban fácilmente la mordacidad de sus opiniones respecto á las mujeres, y éstas no se mostraban ofendidas de los términos poco lisonjeros con que solía hablarles de los hombres.

En el pueblo en que vivía habría sido un honor hasta para los más orgullosos obtener las intimidades de su amistad, y por lo que hace á las mujeres, ya sabemos que habrían considerado como un verdadero triunfo alcanzar su inaccesible preferencia.

Las madres, sobre todo, lo consideraban como un buen partido, y ante la perspectiva de su posición y de su fortuna, el codiciado yerno tomaba en la imaginación de las impacientes suegras las más seductoras proporciones.

El comandante era un hombre completo: no le faltaba más que la conciencia.

Esperando sin duda los primeros efectos que debía causar en su sobrina y su hermana la ausencia repentina y misteriosa de Gabriel, se encerró, digámoslo así, en el antro de su proyecto, como la araña se esconde en el fondo de la tela en cuyos hilos casi invisibles se ha de enredar la mosca, tan ligera como incauta.

Según sus cálculos, la madre ó la hija, ó por lo menos el P. Antonio, tratarían de indagar por él la causa de tan súbita partida.

Para este caso tenía, por de pronto, preparada una respuesta categórica; á saber: encogerse de hombros. Después abriría la puerta á las suposiciones, tratando de inculcar en el ánimo de las tres personas citadas la idea de que Gabriel ocultaba, bajo la modestia de su aspecto, una ambición desmedida y un carácter extravagante. Si este parecer no encontraba acogida, advertiría que la ambición de su ahijado no era una ambición mezquina, sino ambición de gloria. «Los artistas, les diría, son unos seres sin corazón: fuera del arte, no encuentran nada digno de su entusiasmo. Gabriel ha soñado, sin duda, la conquista del mundo por medio del violín; ha volado como un pájaro que se escapa de la jaula; ha querido dejar en esta humilde aldea un recuerdo de su originalidad, huyendo sin despedirse.»

Mas es el caso que pasaron muchos días sin que la sobrina, ni la viuda, ni el P. Antonio dieran muestras ni de interés ni de curiosidad; ninguno de ellos se acercaba á preguntarle por Gabriel: parecía que miraban con completa indiferencia la desaparición del músico.

Entre las dos casas había vuelto á establecerse

la antigua incomunicación, como si al irse Gabriel se hubiera roto el único lazo que las unía.

Observaba el comandante en la casa de su hermana un silencio extraño: la voz de Rosalía no llegaba á sus oídos; las cuerdas del piano permanecían mudas, y el pequeño jardín, abandonado, desfallecía bajo el peso de las primeras escarchas del invierno: ni el mirlo silbaba, ni César gruñía.

Inútilmente, apoyados los codos sobre el pasamano del corredor, esperaba ver asomar á su sobrina ó á su hermana: ni la sobrina ni la hermana parecían, ni siquiera asomaba la cara de Berta: la casa de la viuda parecía inhabitada. Esta observación la hizo por espacio de algunos días, siempre con el mismo resultado.

Tuvo intenciones de bajar al jardín y entrar en la casa de su hermana; pero una fuerza interior lo detuvo.

¿Era orgullo?

¿Era miedo?

También podía ser cálculo.

Orgullo, porque si aquel retraimiento era una especie de declaración de guerra por parte de su hermana, le humillaba la idea de que la viuda creyese que iba indirectamente á proponerle la paz.

Miedo, porque, sea la que quiera la perversión de su sentido moral, debía ver en el severo semblante de su hermana un juez demasiado enfadoso.

Mas tal vez lo que principalmente lo detenía era el cálculo: quería ser cauto, por no despertar sospechas. Ocultaba cuidadosamente la pasión bestial que Rosalía le inspiraba, escondiendo, á los ojos de las gentes maliciosas, sus torpes deseos.

Tenía para ello dos razones, que venían á ser una misma; á saber: impedir que la viuda penetra-

ra en el secreto de aquella inclinación, en cuyo triunfo estaban ciegamente interesados su corazón, si es posible decirlo así, y su vanidad.

Calculaba que Bernarda, dueña una vez de este secreto, desplegaría toda su astucia de hermana y de madre para hacerle caer en la red del matrimonio; porque ¿qué mejor partido podía desear la viuda para su hija?

En su calidad de hombre de mundo, le profesaba al matrimonio una aversión indecible: se había salvado de este peligro en los primeros años de su juventud, y sería una derrota completa caer en el garlito ya entrado en el otoño de la vida.

¡Casarse!... ¡Bah!... Los hombres como él no se dejan cazar fácilmente.

Huía, pues, de la casa de su hermana como de un lazo, y todas las dificultades que se oponían á su propósito avivaban más y más el fuego reconcentrado en el infierno de su deseo.

Rosalía había llegado á ser para él una idea fija.

Pero el tiempo pasaba; habían trascurrido ya tres meses desde la desaparición de Gabriel, y Rosalía, y la viuda, y el P. Antonio no se dejaban ver por ninguna parte.

Tan obstinado retraimiento picaba en historia.

—¡Demonio! (exclamaba, rascándose la cabeza.)

¡Parece que se los ha tragado la tierra!

Una mañana le sorprendió el día sin haber podido dormir en toda la noche; las más extrañas ideas habían agitado su imaginación, excitada por el insomnio. Hubo momentos en que tuvo que sentarse en la cama y encender luz, porque experimentaba desvanecimientos inexplicables. Quería dormirse, y el sueño huía de sus ojos; se abrían sus párpados como si obedecieran á un impulso con-

trario á su voluntad, y daba vueltas en la cama con creciente impaciencia.

Jamás había experimentado un desvelo tan pertinaz, y por primera vez en su vida sintió vagos terrores. Su propia imaginación lo atormentaba con visiones que no podía desechar, y luchaba por desasirse de las confusiones en que lo envolvía su mismo pensamiento.

Aquella mañana se levantó furioso, de un humor de todos los demonios, con los ojos encendidos por el insomnio. Se vistió apresuradamente, como si se le hubiera hecho tarde, y llamó á Gil, que entró, asombrándose al ver á su amo fuera de la cama.

—¡Señor!—dijo el asistente.

Volvió el comandante la cabeza; y viendo á Gil, apretó los puños, diciéndole:

—¿Quién te ha llamado?

—Nadie,—contestó Gil retrocediendo.

El comandante, completamente vestido, daba vueltas por la habitación, buscando algo que no encontraba. Con el aire distraído del que busca algo que no encuentra, cogió el paquete lacrado que Gabriel le entregó de parte de su madre, y que yacía que el olvidado encima de la mesa contigua á la cama, sin hermano de la viuda pensara en abrirlo, dando por supuesto que solo contenía las cartas que él había escrito á Luisa, y que ella le devolvía al morir, como el último recuerdo de su vida.

Gil miraba al comandante ir y venir de un punto á otro, abriendo el ropero y volviendo á cerrarlo, registrando la habitación hasta debajo de los muebles, y revolviéndolo todo. Miraba esto con ojos atónitos, haciendo por sus orejas los votos más fervientes, sin atreverse á hablar ni á moverse, sin valor para irse ni para quedarse.

Pasó el comandante á la pieza contigua, que registró de una ojeada, y parándose de pronto, se cruzó de brazos, hiriendo violentamente el suelo con la planta del pie.

Este arranque de desesperada impaciencia hizo estremecer á Gil, que cerró los ojos, sin duda alguna por no verse desorejado, diciéndose interiormente con aterrado asombro:

—¡Qué busca!.... ¡Qué busca!....

—¡Gil!—gritó el comandante con voz sorda.

—¡Señor!—le contestó el asistente con voz apagada y sin levantar los párpados, resuelto á no ser testigo ocular de su propia catástrofe.

Si hubiera tenido, como César, un manto de púrpura sobre los hombros, se habría cubierto el rostro para no ver al Bruto que tenía delante.

—¡Gil! (repitió de nuevo.) Veamos: ¿dónde está mi sombrero?

El resoplido con que hizo esta pregunta era como la primera ráfaga del furioso huracán que se venía encima.

El infeliz asistente se cuadró, levantó militarmente la mano derecha á la altura de la sien, abrió los ojos, y miró á su amo, quedándose ante él con la boca abierta.

Su semblante, que expresaba un asombro inaudito, se contrajo violentamente para contener una carcajada impetuosa que bullía en su boca.

—¡Imbécil! (le gritó su amo, viendo aquellos visajes.) ¿Podré saber dónde está mi sombrero?

—Señor (balbuceó Gil); lo tiene V. S. puesto.

En efecto: el comandante se llevó la mano á la cabeza, y encontró el sombrero que buscaba, mirando á Gil con ojos terribles.

Entonces reparó que llevaba en la mano el pa-

quiete que distraídamente había cogido, y alzó el brazo con airada violencia para arrojarlo á la espaciosa chimenea, donde desde el día anterior ardían dos troncos, enormes; mas el paquete chocó contra uno de los troncos, y saltó fuera de la chimenea, como huyendo del fuego á que lo condenaban.

Salió el comandante, cruzó el comedor, y bajó la escalera. Gil, que lo seguía, lo vió lanzarse á la calle, y, encogiéndose de hombros, volvió á entrar en el comedor; y llenando una copa del dorado ron de la Jamaica, la alzó á la altura de los ojos para admirar la transparencia del líquido que contenía, y antes de vaciarla de un sorbo, dijo:

—Acabo de nacer, y brindo por el resto de mis días.

Se limpió la boca con el revés de la mano, y añadió:

—Esta vida hay que pasarla á tragos.

Dicho esto, avivó el fuego de la chimenea, recogió el paquete que yacía en el suelo, y fué á colocarlo en su sitio; esto es, sobre la mesa que había junto á la cama; después acercó un sillón á la chimenea, se recostó en él indolentemente, y mirando al techo con ojos distraídos, exclamó:

—¡Bah!.... El comandante está loco.... sí.... loco.... loco....

CAPÍTULO XXIII.

El 20 de Diciembre.

¿Á dónde iba el comandante?

Después que salió del pueblo, entró resueltamente en la alameda que conducía al monasterio.

Marchaba con aire decidido, como si al frente de una columna cargara á la bayoneta, atacando la primera posición del enemigo.

Al través de los pinos que lo circuían levantaba el monasterio sus torres cuadradas, sobre las que brillaba la escarcha, herida por los rayos oblicuos del sol que subía por el horizonte.

Llegó el comandante á la puerta que conducía al claustro, y la halló entreabierta; empujó suavemente, y el postigo se abrió sin resistencia, dejándole ver los pilares y los arcos. Se adelantó hacia una puerta sobre la que, en letras grandes, halló un rótulo que decía: *Celda del sacristán*. Allí se detuvo, y cogiendo el picaporte, lo levantó, abriéndose la puerta.

Indudablemente buscaba al P. Antonio; pero la celda se hallaba tan solitaria como el claustro. Hizo un ademán de impaciencia, y retrocedió hasta la portería, y allí se encontró con una mujer que lle-